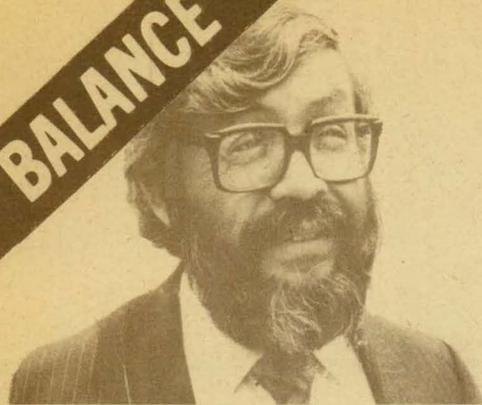


BALANCE



De Miguel

De La Madrid

LAS ESPERANZAS INICIALES LAS ANULO EL TIEMPO

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

7 de Septiembre 88



Miguel de la Madrid... sexto y último informe.

Este número de **Siempre!** sale a circular el primero de septiembre de 1988, día en que si no se ha interrumpido la institucionalidad, rendirá su sexto y último informe de gobierno el Presidente Miguel de la Madrid, que de esa manera llega a la culminación de su periodo, pues debido a nuestro ya reformado pero todavía vigente mecanismo constitucional, iniciará esta misma semana su tránsito por una especie de limbo que dura tres meses, en que ya no tendrá que rendir cuenta pública de sus actividades.

Por razón natural, la postrera aparición del Ejecutivo ante las Cámaras y ante la nación está marcada por un signo de melancolía. Pocas veces es dable introducir en las páginas del informe un aliento esperanzador, de cara al futuro. Calles pudo hacerlo, al anunciar el primero de septiembre de 1928 el fin de la era

de los caudillos y el comienzo de la época de las instituciones. En cambio, en fechas recientes, los informes número seis sirvieron sólo para afrontar responsabilidades sobre los errores habidos y sufridos por la mayoría de los mexicanos, y para intentar conseguir, a destiempo, un juicio benévolo de la historia, a la que en rigor casi ningún Presidente ha podido entrar en las últimas décadas, pues la dimensión de sus figuras no es suficiente para tal destino.

Al llegar a su última comparecencia ante el Congreso, el presidente De la Madrid llega con un acervo político menor que el portado por él cuando asumió su cargo el primero de diciembre de 1982. Aunque no sea hombre cálido, capaz de transmitir emociones ni de ejercer ni suscitar vehemencias, su discurso de toma de posesión provocó la esperanza de un gobierno que pusiera orden y mesura en el panorama en que imperaban sus contrarios. El tiempo anuló esa esperanza.

Aparte el programa de reordenación económica inmediata, fallido como los que lo reemplazaron cada vez que se comprobaba su frustración, el discurso inaugural de De la Madrid, contra el cual hay que comparar lo que diga en su último informe, pues es la hora del balance entre lo ofrecido y lo logrado, se detuvo en explicar el contenido, ya gubernamental, de las siete tesis enarboladas por el nuevo titular del Ejecutivo desde el tiempo en que fue candidato a la Presidencia: nacionalismo revolucionario, democratización integral, sociedad igualitaria, renovación moral, descentralización de la vida nacional; desarrollo, empleo y combate a la inflación; y planeación democrática.

En cada caso es posible realizar anotaciones en el debe y en el haber. Pero el saldo último no es favorable a la gestión del presidente De la Madrid. Preguntémosnos si los mexicanos son hoy más felices o, poniéndonos menos exigentes, si son menos infelices que hace seis años, y la respuesta es negativa. Si nos preguntamos, para emplear la terminología morelista, a que fue adicto el Ejecutivo, si se moderaron la miseria y la opulencia, diríamos también que no, y en esas negativas se quintaesenciaria lo que, supongo, será la opinión de la mayor parte de los mexicanos sobre esta administración.

Del nacionalismo revolucionario se pasó al centro progresista. Aquellas dos palabras condensaban el contenido político del partido creado en 1929 y del gobierno que lo generó y los que lo sucedieron. Esa herencia desapareció, no sólo nominalmente, que también importa, sino en los hechos. La inserción de México en la economía mundial, impuesta por tendencias que se nos dice son inexorables, es la práctica económica menos parecida a una fundada en el nacionalismo. ¿O son muestra de apego a lo nuestro los miles de productos extranjeros que

hoy invaden los establecimientos comerciales de todo nivel?

La democratización integral no se consiguió, tampoco. Se pueden observar ahora importantes avances en esa materia, pero se produjeron a contrapelo de las acciones gubernamentales. Después de que en 1983 se observó un ensayo tendiente a consagrar realmente ese principio como divisa de la vida pública mexicana, las inercias y los intereses creados obligaron al gobierno a recular. Si en 1988 estamos ante una vasta porción de la sociedad en posibilidad de exigir el respeto a sus derechos, ello fue porque, al contrario de lo ofrecido, no sólo no se caminó hacia la democratización integral sino que se buscó meter reversa en no pocas situaciones tenidas ya como conquistas. El principal acontecimiento político de un sexenio, la sucesión presidencial, no estuvo regido por el principio democrático, pues dentro del PRI se evitó la contienda de precandidatos, que fueran capaces de persuadir a sus correligionarios de sus calidades para obtener la candidatura; y aun se expulsó de su seno a quienes pregonaron la, precisamente, democratización del partido. A su vez, en las elecciones federales no estuvieron ausentes los métodos tradicionales para burlar o sustituir, en el menos malo de los casos, a la voluntad popular. Ahora mismo, si se integró la Cámara de Diputados ante la cual lea el Presidente su postrer informe, es porque la mayoría priista en el Colegio Electoral forzó la situación, lo cual agrava el riesgo de que la calificación de las elecciones presidenciales y la declaratoria de Presidente Electo se realicen en un clima de tensión, que se hubiera disipado si la democratización integral hubiera pasado de ser sólo un programa de campaña a una práctica generalizada.

De la sociedad igualitaria mejor es no hablar. Las inequidades estructurales no se atenuaron, y la crisis ahondó las producidas por la coyuntura. Un puñado de especuladores, jugando contra el interés nacional, obtuvo prebenda tras prebenda, y ganancia tras ganancia, no sólo a ciencia y paciencia del gobierno, sino contando con su reconocimiento y entusiasmo. Mientras tanto, las condiciones de vida de la mayoría se deterioraron, y por lo tanto se incrementaron la desnutrición y la insalubridad, principalmente, afectadas por los programas de austeridad, pues importaba más al gobierno la salud contable que la de sus ciudadanos.

En cuanto a la renovación moral, si bien hubo saludables aplicaciones de la legislación contraria a la corrupción, no se consiguió el principal objetivo que era el de mejorar las conductas públicas y privadas. De éstas no es el caso hablar, y de las públicas se sabrá con profusión en los próximos años, como aconteció en los dos últimos sexenios respecto de personeros importantes en los anteriores.

La descentralización de la vida nacional consiguió, en el ámbito administrativo, duplicar las oficinas gubernamentales: ahora hay sedes pareadas de dependencias públicas en algún punto del país y la capital, pues los jefes burocráticos no se resignan a perder la cercanía con los que mandan. El terremoto de 1985, ante el cual la actitud gubernamental merece una reflexión aparte, que se hará a su tiempo, pudo ser un factor que por la fuerza descentralizara, pero los programas derivados de tal factor quedaron en amplia medida frustrados.

De los programas de desarrollo, empleo y combate a la inflación y de la planeación democrática hablan la doliente situación de la mayor parte de los mexicanos, cuya condición ha involucionado, y cuyas nuevas generaciones enfrentarán situaciones crecientemente adversas para la satisfacción de sus intereses vitales.

Se dirá que hemos trazado un cuadro meramente negativo del último sexenio. Así es. Lo hicimos deliberadamente, en función de la división del trabajo, pues sobrarán quienes hagan el panegírico, acrítico, de los logros sexenales. Y creemos nuestro deber contribuir al equilibrio, sin mentir.